

Entrad á ver las flores...

Hé aquí un encantador invernáculo del "esprit". Las flores más raras y caprichosas, bajo la propicia claridad difusa que penetra por los cristales, abren sus mágicas corolas y se extenuan en perfumes sutiles. En medio de la plácida temperatura que las alberga, dicen cada una de ellas, con las mil variaciones de sus formas y colores, el "quid divinum" que las despertó á la vida. Suntuarias orquídeas — las flores más altas del pensamiento — ostentan sus regias vestiduras, donde una brizna de oro, una estela ingenua, un capricho delicado rememora la viril sustancia química que presidió á su creación. Elegantes crisantemos, de cien pétalos finísimos como cintas de una moña funambulesca, cantan poemas caprichosos de donaire y elegancia. Thunias albas, de un candor adorablemente femenino, ocultan, como mujeres, las picardías eróticas que hierven en su seno. Hojas fabulosas, de saltíricas contorsiones, pintadas como coupletistas del Casino, que no necesitan rodear la realeza de

una flor para inspirar ideas de cortes orientales, desbordan la alegría triunfal de la Vida entre los abanicos flexibles de palmas tropicales y las filigranas nimias de los helechos raros. Y así, como en una visión encantada, mezcladas y confundidas, flores y hojas dejan en el espíritu ora un rasgo, ora un matiz. Se sale de este extraordinario invernáculo con una alegría nueva en el corazón, con una chispa de luz en el cerebro....

Una frase, un breve comentario, una inusitada ironía, un picaresco "calembour" — son flores maravillosas que nacen en los jardines del espíritu, bajo la propicia claridad de una amable filosofía, al calor de un seno que no conoce la envidia ó el rencor.

La amable manía del jardinero que ha reunido todas esas maravillas, delata á un espíritu enamorado de la existencia. Sabe sentir las infinitas medias tintas de las corolas opulentas; sabe interpretar la risa trivial de una hoja de gró recortada como un clown. Y, benévolamente, con la benevolencia de los grandes señores por las pequeñeces encantadoras que hacen tolerable la vida, sonríe, sonríe siempre, en medio de la claridad difusa del fabuloso invernáculo....

Ya conocéis al jardinero de la dulce manía: entrad á ver sus flores.

Uíctor Pérez Petit.